

Karl KOHUT-Sonia V. ROSE (eds.), *Pensamiento europeo y cultura colonial*, Vervuert-Iberoamericana («Textos y estudios coloniales y de la independencia», 4), Frankfurt-Madrid 1997, 410 pp.

Reconstruir la cultura de América Latina durante los siglos coloniales es una tarea de interés para la comprensión del impacto actual latinoamericano en la literatura y en el arte. Esta tarea, aunque ha dado pasos considerables, está aún lejos de ser completada. La editorial Vervuert-Iberoamericana ha desplegado en estos últimos años notables esfuerzos para contribuir a esa meta. Buena prueba de ellos es su colección «textos y estudios coloniales de la independencia», de la que presento ahora el 4 vol. Karl Kohut, catedrático de filología románica y director del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Católica de Eichstätt; y Sonia V. Rose, profesora de la Université de Paris IV-Sorbonne, recogen en este volumen las comunicaciones presentadas en dos encuentros de especialistas de varios países que abordaron la interrelación entre las culturas de Europa y de América en los siglos coloniales. El título del libro, *La formación de la cultura colonial: humanismo, neoescolástica, tradiciones indígenas*, corresponde al que tuvieron los encuentros: el primero tuvo lugar en el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Eichstätt y, el segundo se desarrolló en Leipzig, en el marco del X congreso de AHILA, de 1996.

Frente al pretendido desinterés de Europa durante los siglos XVI-XVIII hacia el mundo americano, sostenido por una buena parte de la historiografía americanista, se va abriendo paso una línea interpretativa que apuesta por un intercambio efectivo. En esta última línea se sitúan los organizadores de los encuentros, que abordaron el tema en diversa perspectiva: presencia del pensamiento europeo en autores americanos; y presencia de lo americano en Europa. Los trabajos presentados en los simposios, son de variada extensión y profundidad y se agrupan en torno a cinco partes o secciones en las que se articula el libro que presento.

Para el equipo organizador, la etapa colonial americana coincidió con el desarrollo del humanismo, la teología neoescolástica y el neostoicismo en el mundo europeo. Los tres primeros apartados del volumen recogen estudios acerca de la presencia de estas tres corrientes de pensamiento en autores americanos. La cuarta sección, más heterogénea, estudia temas en torno al encuentro de las sociedades indígenas y mestizas con el pensamiento occidental. La quinta y última parte del volumen, apunta a la recepción del Nuevo Mundo en Europa.

En la Parte I, dedicada al humanismo, Karl Kohut, analiza la figura y escritos de Francisco Cervantes de Salazar, al que ve como exponente de la cultura europea implantada en el primer momento de la colonia, cultura que margina al indígena; asoman, sin embargo, en Cervantes de Salazar algunas contradicciones en las que aparece una cierta valoración de lo indígena. Desde otra perspectiva Sonia Rose, analiza los retratos de Moctezuma en tres cronistas novohispanos: López de Gómara, Cervantes de Salazar y Bernal Díaz del Castillo y encuentra en ellos una imagen del jefe azteca como *vir illustris*, paradigma humanista del príncipe, que contrasta con la imagen del pueblo indígena como «bárbaro», sostenida por autores como Pagden (1989); Rose realiza así una relectura humanista de la realidad indígena.

En torno a la presencia de la neoescolástica en América, José A. Rodríguez Garrido, se acerca a Espinosa Medrano, el «Lunarejo», del Cuzco, figura que la historiografía recién-

te va revalorizando de día en día. Encuadra su defensa del tomismo en la disputa entre el colegio-seminario de San Antonio, que profesaba la doctrina del Aquinate, y el colegio de San Bernardo, de los jesuitas, que enseñana un eclecticismo, abierto al nominalismo; Rodríguez Garrido, trata de adscribir al «Lunarejo» a un cierto nacionalismo naciente, aunque, a mi modo de ver, no prueba suficientemente esta tesis. Interesante el estudio de Concepción Reverte Bernal, sobre Fray Francisco del Castillo, mercedario criollo, poeta y dramaturgo, autor de un auto sacramental de corte calderoniano, *Guerra es la vida del hombre*, donde se hace eco del debate de *auxiliis* de la Europa del XVII y defiende la libertad separándose de la posición jansenista. Reverte ve a Castilla como exponente de la temprana Ilustración limeña y sostenedor de un catolicismo «ilustrado», que muestra en algunos de sus poemas en los que apuesta por un reformismo moral austero y racionalizante, en línea con el que Saugnieux detectó en la España del XVIII. Jean-Pierre Clément (vid. la recensión sobre *El Mercurio peruano*, inserta en este mismo vol. de AHlg), analiza la *Disertación sobre la forma de gobierno* recogida en la *Relación del Cuzco* sobre los festejos que tuvieron lugar en la capital andina por el establecimiento de la Real Audiencia. La *Disertación* tuvo lugar en el colegio-seminario de San Bernardo, colegio que había pasado de los jesuitas al clero secular, y en ella hay una interesante flexión del sistema suareciano de monarquía pactista, hasta el absolutismo monárquico apoyado en Bossuet. Es un discurso lógico, sin duda, en la América borbónica y en un clima, como el de los Andes del siglo XVIII, marcado por una oleada de rebeliones indígenas.

Siguiendo las huellas de Abellán (1981) y Maravall (1984), entre otros autores que han visto la presencia de un neoestoicismo en el pensamiento español del XVII, la tercera parte del libro reseñado se interroga sobre su posible presencia en América. Es interesante, sin duda, el rastrear el pensamiento ético de la Stoa entre los escritores y cronistas americanos. Peer Schmidt, analiza la influencia de filólogo y filósofo flamenco Justo Lipsio (1547-1606), profesor de la universidad de Leiden (1578-1592) y Lovaina (1592-1606), en concreto sobre el concepto de disciplina que adscribe al movimiento neoestoico, aunque reconociendo que ocupó también un lugar preferente dentro del humanismo, por ej. en Luis Vives (p. 185); sostiene, sin embargo —y en esto comparto su apreciación—, que el proceso de disciplinar la vida de la población indígena americana estuvo presente «ya desde los primeros días de la colonización, sin que esto respondiera a objetivos propiamente estoicos». Marie-Cécile Bénassy, en su estudio «Sobre el senequismo moral de Sor Juana Inés de la Cruz» afirma que la tradición europea «había cristianizado al estoicismo» (p. 239); convendría revisar este juicio: los valores morales de la Stoa estuvieron arraigados en una visión profunda del hombre, aunque no completa ya que careció de la perspectiva sobrenatural que tuvo, por ej. Sor Juana Inés; por ello más que «cristianizar el estoicismo», la cultura colonial, tal como lo había hecho parte de la cultura europea, tomó de la Stoa aquellos valores, como el de disciplina, acertadamente destacado por Schmidt, que inserta en su conocimiento natural del hombre, y que al ser verdadero es compatible con la visión cristiana.

Dispares en su contenido, metodología y logros, a mi entender, los trabajos del la sección IV sobre Sociedades indígenas y mestizaje. Louise Bénat-Tachot destaca las dificultades del cronista Fernández de Oviedo para conocer realmente un mundo como el indígena diverso radicalmente al suyo. Interesante el trabajo de Nicola Kuehne Heyder, que presenta

la idea evangelizadora del bachiller Carlos Tapia Zenteno, cura secular que trabajó en la Huasteca en la primera mitad del siglo XVIII y que es expresivo de un relanzamiento evangelizador entre el clero secular del momento inicial de la Ilustración americana. En línea muy dispar, Sergio Raúl Arroyo García presenta un resumen de historiografía acerca del mito en las sociedades indígenas de México.

La última parte del libro, sección V, apunta desde diversas perspectivas al conocimiento de América en Europa durante los siglos coloniales. Gerhard Wawor, analiza la primera visión del nuevo mundo, es decir, la imagen de las Antillas, en el mismo Colón, en la versificación de la carta colombina que realizó el religioso italiano, de origen florentino, Giuliano Datti (1445-1524), y que fue impresa en Roma en la temprana fecha de 15 de junio de 1493, en donde la visión eurocentrista ha matizado lo escrito por el Almirante; esta tendencia se acentúa, según Wawor, en Pedro Mártir de Anglería: se pasa así de una relación testimonial a una literalización o visión en que la ficción ocupa un lugar y que contribuye a hacer de América un mundo utópico. Roswitha Kramer, analiza la obra —literaria y gráfica— del jesuita Atanasio Kircher, alemán radicado en Roma, que escribe a mediados del XVII sobre la labor de la Orden fuera de Europa. Se sirve de las informaciones de las cartas escritas por los jesuitas de los diversos lugares de misión. Desde 1993 se dispone de la publicación póstuma por Ignacio Osorio Romero de la correspondencia de Kircher con sus correpondentes mexicanos. La A. muestra que el conocimiento —indirecto— de América por Kircher estuvo mediatizado por la comparación con el mundo egipcio y llegó así a una valoración un tanto negativa del Nuevo Mundo, que fue criticada un siglo más tarde por el también jesuita Clavijero. Por último Jan Lechner presenta el resultado de una paciente investigación llevada a cabo en bibliotecas públicas y universitarias de los Países Bajos Septentrionales hasta comienzos del siglo XVIII: rastrea en ellas las obras de temática americana y presenta los resultados de su estudio, acompañados de tablas que orientan al lector. Anglería, De Laet, y Acosta son los autores que estuvieron más representados en las bibliotecas de los países flamencos.

Estamos, pues, ante un intento apreciable de lograr un acercamiento a las raíces culturales del mundo americano y a su conexión con Europa. Felicitamos, por ello, tanto a los promotores de la iniciativa, como a la Vervuert-Iberoamericana por recogerla entre sus colecciones.

Elisa LUQUE ALCAIDE

Alicia MAYER GONZÁLEZ, *Dos americanos, dos pensamientos. Carlos de Sigüenza y Góngora y Cotton Mather*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas («Serie Historia General», 18), México 1998, 434 pp. + ilustraciones.

La historiografía mexicana se ha encerrado desde hace varios años en sí misma olvidándose de ver en su derredor, más allá de su propio ámbito. Recordamos con nostalgia los